BOLETIN
DE LA
ACADEMIA CHILENA

CORRESPONDIENTE DE LA
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Cuaderno 54

EDITORIAL NASCIMENTO

1966

INCORPORACION DE DON RICARDO A. LATCHAM VERIFICADA EL DIA 14 DE DICIEMBRE DE 1956

I.—*Discurso del señor Latcham*

Señores Académicos:

Fue costumbre generalizada en los días lejanos de mi acometiva juventud considerar a las Academias recintos hostiles a las nuevas ideas, donde se marchitaban las gentes entre fastidiosos ejercicios retóricos y bizantinas disputas gramaticales. Sin embargo, junto con desmonetizarse los agresivos empujes de la adolescencia y mirarse el mundo con mayor serenidad, se va sedimentando el espíritu y considerando con más equidad la obra de las generaciones pasadas y su acción morigeradora y benéfica sobre los desbordes de rebeldía de las promociones novatas.

Así se perfilan con más nitidez también el papel y la categoría de la Academia Chilena de la Lengua, tan vinculada a la historia nacional y al desarrollo de su cultura, desde su establecimiento en 1885 hasta nuestros días. Instituciones como ésta realizan una labor perdurable, de enriquecimiento lingüístico y de convivencia pacífica entre hombres de pensamiento diverso. Nada más noble, pues, que integrarse al

seno fructuoso de una corporación que consolida a diario y ensancha el acervo intelectual del pasado con las experiencias de un tiempo borrascoso y oprimido por la angustia, pero que todavía ofrece espacio fecundo para el diálogo.

El honor de pertenecer a la Academia Chilena de la Lengua debo agradecerlo del modo más vivo; no sólo es un premio concedido a una modesta e incansable existencia de escritor; es el incentivo que el hombre de letras obtiene al saber que no está solitario, sino acompañado de innumerables voces amigas y colaborando en un esfuerzo colectivo para mantener y acrecentar el legado de otras generaciones más austeras.

Yo he querido, en esta oportunidad, salirme algo del molde usado en los discursos de incorporación a tan docto instituto, amparado por la sombra tutelar de Andrés Bello, y no siendo autoridad filológica o idiomática, como otros colegas, me limitaré a narrar una sencilla historia: la de mi experiencia intelectual.

Pienso desde ahora que la suspicacia de algún oyente puede estimar que la presunción personal inspira mis palabras, pero al que así razonare le dirigiré las frases de Pío Baroja en un trance parecido: "No creo que la tendencia a lo autobiográfico indique siempre vanidad o egolatría".

Desde muy pequeño tuve interés o curiosidad por el papel impreso. Me crié en una casa donde existían innumerables libros, amontonados en todas partes y cubriendo hasta los rincones. Aprendí a leer solo, con un método inglés, que consistía en un conjunto de bloques. Estos ayudaban a construir palabras y soltaban pronto las riendas de la imaginación. La escritura llegó de idéntico modo, sin que más tarde pudiera absorber la caligrafía de un diligente maestro, como fue don Ramón A. Laval, amigo de los niños y sabio "facedor" de historias que recogía del pueblo. Don Ramón fue uno de mis primeros maestros, pero viendo su fracaso en componer mi letra, se consagró a corregir la ortografía, a provocarme espanto hacia los galicismos vitandos y a enmendarme las construcciones gramaticales. Tenía una inagotable paciencia,

una bondad sin límites y un corazón generoso. Sus enmiendas a mis cuadernos infantiles fueron insensiblemente aficionándome al empleo de un castellano castizo y a la lectura de autores clásicos. Pero quien me empujó por esta senda propia a los agrados espirituales fue el prebendado don Manuel Antonio Román, autor del *Diccionario de Chilanismos*, que conocía como nadie aquí a los autores castellanos y exageraba amablemente su actitud crítica frente a la pobreza del léxico que se emplea entre nosotros al escribir.

En general, se pensaba entonces por todos estos lexicógrafos que el galicismo era una dolencia de la cual había que curar al castellano. Esta manía purista llegó en algunos preceptistas hasta extremos de escrupulosidad muy pintorescos.

La educación pública y privada de mi época entrañaba defectos bastante serios que el tiempo no corrigió, pero entonces se atendía mejor a la formación del hombre y del ciudadano. La mayoría de los individuos que escribían recibieron una instrucción fragmentaria y desordenada, y aun los que pasaron por institutos superiores y universidades no tuvieron oportunidad suficiente para familiarizarse con el uso adecuado del español. Quienes no han frecuentado con método a los grandes prosistas de nuestra lengua, quienes no logran una rigurosa y firme preparación en lengua y literatura castellana, si se consagran a escribir, y no poseen el instinto del idioma, al traducir se dejan influir corruptamente por el habla que están manejando.

Muchos de los barbarismos y extranjerismos que desfiguran el castellano familiar han circulado antes por la prensa, la radio y las malas traducciones que llegan de Buenos Aires y otros lugares. Algunos de los execrables podrían alejarse estudiando nuestro idioma. Otros, los que simbolizan realidades nuevas o voces indispensables al progreso de la técnica, la ciencia y la filosofía, son necesarios y útiles.

El denominado espíritu democrático, que nadie rechaza entre nosotros, es hoy, para mucha gente, un simple propó-

sito de nivelación y de gregarismo, que daña las buenas maneras y contribuye a la chabacanería de las costumbres.

Cuando yo estudiaba en diversos colegios, existía en el país un conjunto de hombres sabios y eficientes que con su ejemplo viril y su pobreza daban la medida ascética de una sociedad que se contentaba todavía con sus propios recursos. Uno miraba en torno y siempre descubría un modelo satisfactorio, un punto de comparación que curaba en salud y detenía con oportunidad las innobles ambiciones.

No creo que sea verdadero aquello de que todo tiempo pasado fue mejor; pero hemos crecido mucho desde esos días que reseño. Lo que ocurre es que antes los defectos se hallaban más a la vista, y los mejores surgían en contraste más riguroso con otros, también dispuestos a luchar con buenas armas y sometidos a competencias razonables. En la actualidad, el empeño político, la recomendación, y toda clase de influencias se mueven en la sombra y tratan de socavar la justicia y la equidad que deben imperar en las relaciones sociales.

Cuando estudiaba en el Instituto de Humanidades, que regentaba un prebendado mundano y aristocrático, don Luis Campino, recibí algunas experiencias escolares dignas de narrarse. A los alumnos flojos se les aplicaba el guante, o sea, una forma muy concreta de lo que se encerraba en la sentencia tantas veces recordada: la letra con sangre entra. Se burlaban estos procedimientos primitivos y algunos, como yo, vertieron su rebeldía en protestas que motivaron visitas de mi padre al rector. También en ese ambiente escolar se me anularon pronto las primeras pretensiones literarias, al ser sometido a crítica burlona por don Luis y el profesor de gramática, don Juan Bautista González, bondadoso y sibarítico clérigo, el balbuceante engendro de mi juvenil pluma: un diariucho satírico que sacó su nombre de un instrumento de castigo de la marina inglesa: *El Gato de Siete Colas*. La gramática era administrada por don Juan Bautista, que lo mismo cuidaba de nuestros asedios a las áureas naranjas cultivadas por él en un pequeño huerto contiguo al Instituto o sopesaba con destreza las normas sintácticas de Bello y Cuer-

vo, las leyes ortográficas de Marroquín, el de la fábula de *La perrilla*, y los demás artilugios destinados a la enseñanza de la lengua castellana.

Yo escondía desde entonces la pequeña ambición de ser algún día escritor. Todo conspiraba en contra de tal despropósito en una sociedad donde el profesionalismo invasor facilitaba los mejores modelos a la juventud.

Así pasaron insensiblemente los años de las humanidades, en colegios prestigiosos, aparte de la oscura sumisión a maestros privados de diversa calidad. Pero hubo uno, entre todos, inolvidable, y al que debo más que a nadie: mi padre.

Era éste un hombre muy difícil de clasificar. Parecía un caballero chapado a la antigua, de gran sobriedad en el comer y en el vestir. Mantuvo su agilidad física hasta los setenta años. Introdujo con otros ingleses el fútbol en Santiago, cuando era profesor en el Colegio Inglés. Aventurero y soñador, ocultaba una psicología complicada bajo exterioridades simples. Residió cinco años entre los indios, en la frontera araucana, y aprendió el mapuche. Después se instaló en La Serena, donde se casó y nacieron cuatro de sus hijos, entre ellos yo. No lo han entendido a fondo los que se han ocupado en su obra, salvo su discípulo Humberto Fuenzalida. Disimulaba su escepticismo con una gran laboriosidad y un exterior cortés y afable. En la intimidad de su hogar no fomentaba mucho las ambiciones de su hijo y lo acostumbró más bien a una autocrítica rigurosa. Era una especie de liberal inglés, de vasta tolerancia con las ideas ajenas y amigo de las contradicciones. No heredó la religiosidad de sus antepasados, pero mantuvo gran amistad con toda gente de iglesia. En La Serena frecuentaba la tertulia del Obispo Fontecilla y discutía con él los milagros de la Virgen de Andacollo, a la cual consagró un estudio muy valioso desde el punto de vista folklórico. Le gustaba discutir con calma, sin alterarse nunca, y ofreciendo audiencia a los mayores absurdos científicos o ideológicos. Mi padre solía repetir con gran ironía esta frase, propia o asimilada: "No creo nada de lo que me cuentan y sólo la mitad de lo que veo." Me ayudó

bastante a hacerme hombre, a superar las dificultades, a ser modesto, a contentarme con poco, a estudiar siempre sin esperar recompensa, y a servir las causas públicas con desinterés y abnegación. La razón crítica entraba considerablemente en las perspectivas de su espíritu. El sabía también vivir con austeridad y no dejó dinero siquiera para pagar su entierro, el que tuvo que costear la Universidad de Chile, a la que consagró sus desvelos por varios años.

Era un inglés extraño, muy tirado a criollo, que prefería la chicha y el pisco al *whisky*; un gringo achilenado o un chileno traducido arbitrariamente al idioma de Shakespeare.

Perdió mucho tiempo y su dinero en inverosímiles negocios, y por vivir bastantes años en el norte, adquirió la costumbre o vicio nativo de esperarlo todo de un alcance brusco de las minas. Cuando se convenció, un poco tarde, de que no tenía pasta de financiero, abandonó sus fantasías y se dedicó con provecho a su verdadera vocación: la ciencia etnológica y la arqueología, en sus postreros años.

También fue maestro, desde sus clases en el Colegio Inglés, en el Liceo de La Serena, hasta su entrada a la Universidad de Chile, donde ocupó el cargo de primer Decano de la Facultad de Bellas Artes. Asistía a las fiestas algo borrascosas de artistas y bohemios, en la Escuela de su Facultad, y se presentó a un baile de disfraces con un pintoresco atuendo de piel roja.

No hay duda de que tenía rasgos excéntricos que desorientaban. Siendo yo muy niño, me regaló un libro y me dijo:

—Aquí encontrarás la mejor filosofía para manejarte en la vida.

No entendí bien, al principio, lo que significaba esa obra, pero después penetré en su contenido. El obsequio, que todavía conservo, era un ejemplar del *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe, expresión profunda y concreta de la lucha de un hombre contra la naturaleza. No he conocido otra lectura que emblematicase mejor el carácter inglés, pero que, al

mismo tiempo, contenga una enseñanza más severa y útil para la autoformación.

La gran pasión de mi padre fue la vida y nunca perdió el gusto de acariciarla. Por eso, las gentes jóvenes lo acompañaron a su entierro y siguieron las lecciones que derramó en su segunda y verdadera patria chilena.

Insensiblemente, a su lado me fui acostumbrando a tratar y frecuentar hombres maduros, de gran sabiduría, que, por lo general, eran inaccesibles para la mayoría de mis compañeros de colegio. Mi casa, aunque modesta, se hallaba siempre abierta a personalidades como don Rodolfo Lenz, don Carlos Porter, don José Toribio Medina, don Valentín Letelier, don Alejandro Cañas Pinochet, el arqueólogo Max Uhle y el obispo don Carlos Silva Cotapos. Era un raro privilegio que me embelesaba, pero que me obligaba también a pensar en cosas superiores a mi capacidad infantil.

Yo he tenido, por consiguiente, mi violín de Ingres: la arqueología y las ciencias afines, que me cautivaron desde la lejana infancia, a través de pintorescas polémicas y curiosas disputas sobre la estación paleolítica de Taltal, el origen de los araucanos o la antigüedad del hombre en América. Así como otros escritores leen novelas de detectives para descansar de libros más profesionales, yo prefiero, en mis vacaciones, distraerme con obras como las que abundaban tanto en mi casa paterna.

El eclecticismo de mi padre se puso a prueba recibiendo ciertos impactos de la tradición religiosa familiar. Por el lado protestante de su raza existía un recargado tono de puritanismo en las costumbres de los abuelos. Por parte de mi madre dominaba una herencia católica que nunca dejó de pesar en la sangre.

La solución fue sincretista cuando hubo que dirigir mi enseñanza; se me tuvo unos años en un colegio religioso y después unos cuantos en establecimientos laicos, dominados por otros ideales. Recuerdo que pasé tres años en el Instituto Nacional, después de haber estado en el de Humanidades. En el primero se formaban los hijos y descendientes de las

familias liberales. Como soy algo contradictorio, el resultado de esa experiencia fue más bien adverso y me incliné entonces a la línea católica y tradicionalista en contrapunto a lo que pensaba mi padre y también la mayoría de sus amigos. El Instituto Nacional era un excelente colegio, que ha mejorado con el tiempo. Recuerdo a tres profesores que dejaron una huella en mi carácter: Ulises Vergara, seco, pero buen maestro de Historia; Eliodoro Flores, de una suavidad de maneras que lindaba en el preciosismo, y don Francisco Zapata Lillo, cuyo estímulo me sirvió tanto como sus lecciones de francés. Flores poseía una pulcritud propia de los antiguos pedagogos de chaqué y alentaba a sus alumnos junto con difundir con rigor el buen uso de la ortografía. Nuestra generación aborrecía el canto, que enseñaba don Ismael Parraguez, modelo exquisito del viejo estilo. Fue imposible que el solfeo reemplazara a los chivateos dominantes en los viejos patios del venerable caserón de la calle Arturo Prat. En el país hubo un desarrollo posterior del arte musical, hasta el admirable florecimiento presente de los coros universitarios y de otros que existen en liceos e instituciones de enseñanza. Entonces no se miraban con buenos ojos los gorgoriteos de don Ismael y sus infructuosos esfuerzos por someter nuestra rustiquez melódica a bien acordados ritmos. Siempre empezaba su clase llamando al indomable señor Latcham y diciéndole:

—¿Sería usted tan gentil que tarareara el comienzo de la composición *Mi canario cuando canta...*?

Y el señor Latcham por centésima vez se sonrojaba, sin poder salir de su marasmo.

En esa época manifesté mi curiosidad por los misterios de la religión y su historia, por lo cual mi padre me puso en manos de ilustres sacerdotes para que me dirigieran espiritualmente. Así pude conocer y frecuentar a don Carlos Silva Cotapos, después obispo de La Serena y de Talca. Me enseñó apologetica y me hizo leer libros de gran importancia en una verdadera formación humanística. Entre otros, rememoro la *Historia de los Heterodoxos Españoles*, de don Marce-

lino Menéndez y Pelayo, que, si no contribuyó para ganarme a la causa de la Iglesia, sirvió notablemente al diseñar una futura e insobornable vocación hispanista. A don Carlos Silva Cotapos, aparte de su amistad varonil, producto de un temperamento de exterior seco e inexorable, le debo más que a muchos profesores oficiosos.

Puso en mis manos toda clase de obras serias, las escogió con gran rigor y después me interrogaba sobre el efecto que suscitaban en mi espíritu adolescente. Era un individuo alto, delgado, aristocrático, miope, de maneras señoriales y categóricas, algo cortante en su trato, pero de gran bondad interna. Cuando lo frecuenté más fue en La Serena, durante unas largas vacaciones pasadas allí, en 1921. Lo acompañaba a diario en sus paseos vespertinos a la playa y después comía con él en el palacio episcopal. La diócesis pasaba por un período de reorganización, en el que hubo que reajustar la disciplina eclesiástica después de un tormentoso período de anarquía, que culminó poco antes de morir Monseñor Ramón Angel Jara. El señor Silva Cotapos se concitó la antipatía de numerosos clérigos alborotados y de gentes de sacristía que estaban acostumbradas a imponer sus ideas en el manejo de las cosas eclesiásticas. Las puso en cintura a todas, restableció el orden y la buena administración, pero se hizo profundamente impopular, lo que resintió su salud y agrió su carácter. Me hacía confidencias y a su regreso a Santiago lo seguí visitando en su casa de la calle Catedral.

Había terminado yo las humanidades en forma privada y se pensaba hacer de mí un abogado. Don Carlos me aconsejaba que me consagrara a los estudios históricos, y a él le debo, en gran parte, además de la herencia paterna, el instinto y el método de investigador que en apariencia no poseo. Digo esto con llaneza; tengo un exterior desordenado y una tendencia a ornamentar lo que expongo; pero, en el fondo, antes de acometer un tema o un asunto, lo estudio desde todos los ángulos y busco pacientemente cuanto material escrito existe sobre él.

Sigue siendo discutible el problema de la herencia y

nadie ha podido lanzar la última palabra acerca de sus postreras consecuencias. De mí sé decir que de lo paterno obtuve un determinado orden y método que nunca dejo de mano, la tendencia al rigor y algo imaginativo destinado a sazonar las arduas cuestiones que me desvelan. De lo latino me salta quizá la fantasía, alguna dispersión en lo que digo, que precipita un demonio interior, y el individualismo anárquico que me invalida en las actuaciones políticas.

Comencé a escribir en público en 1919. Hice mis primeras armas en un diario provinciano de mi tierra natal: El *Chileno*, de La Serena, donde residía periódicamente, por ser el lugar en que vivían los últimos parientes maternos. Era ése un ambiente reducido, en el que proliferaba la chismografía lugareña y se mantenían las en otras partes destañadas polémicas doctrinarias entre clérigos letrados y radicales que leían a Darwin, a Spencer y a Littré.

Se cambiaban tremendos bombazos entre sacerdotes muy peculiares, el canónigo don Manuel Antonio Guerrero y el presbítero don Marcos A. Callejas, con un libelista radical, don Julio Guerra. Todos estos incidentes de villorio conmovían a la gente y provocaban toda suerte de comentarios parroquiales. El canónigo Guerrero era apodado Fray Batauco, porque una vez dijo en un discurso, en el Centro Conservador, que desearía tener la fuerza explosiva del polvorín que voló el pueblo de ese nombre, para aventar a sus adversarios. Todos los días, después de almuerzo, se sentaba debajo de los floripondios de la Plaza de Armas a conversar con magistrados que aguardaban la hora de entrar a la audiencia de la Corte de Apelaciones o con pacíficos vecinos. Resultaba uno de los ejemplares más simpáticos de la fauna humana de esos lejanos días, junto con don Marcos A. Callejas, muy versado en teología y dogma, pero de un carácter puntilloso y de lengua muy suelta para criticar en sus sermones las costumbres femeninas. Su especialidad consistía en fustigar al bello sexo, lo que hacía que sus pláticas y homilias se vieran concurridas por un auditorio profano y hasta por gentes descreídas. Evoco estas costumbres y semejantes hábitos,

por su colorido local y regional, por el gran sentido de añoranza que poseen para mí y por su relación con un mundo moral que ha desaparecido totalmente en la vorágine del tiempo.

Después entré en el periodismo santiaguino, estrenándome, en 1923, en *El Diario Ilustrado*, casi junto con mi compañero de la Academia Chilena, Manuel Vega. Mi artículo inicial estuvo destinado a rectificar unas afirmaciones que estimé antojadizas, de Enrique Tagle Moreno (Víctor Noir), vertidas en *La Nación* de Santiago. El tema debatido fue la abdicación de O'Higgins y sus principios políticos y religiosos. Permanecí colaborando en *El Diario Ilustrado* hasta 1929. Aparte de Vega, existían en su redacción diversos escritores de muy amplia resonancia en el pensamiento nacional. Uno de ellos era el polemista don Rafael Luis Gumucio, noble camarada y temperamento empeinado, pero de gran claridad mental. Escribía en forma incisiva, estudiaba bien el flanco del adversario y lo castigaba a fondo con su estilete mortal. Gumucio era un gran luchador, que murió pobre y desencantado, a pesar de los servicios que prestó a su causa. Usaba una prosa corta y tajante, de prosapia más bien francesa que castellana. No le gustaban los períodos ampulosos y no expresaba la más mínima simpatía por mis aficiones hispanistas. Cuando lo desterró la dictadura militar, en una noche inolvidable, me dio un abrazo que fue su despedida, y, mirando por la amplia ventana al cielo estrellado, me dijo:

—Pronto nos encontraremos.

Y así sucedió, porque en 1928 lo volví a saludar en Bélgica, donde comió el pan magro del ostracismo.

Gumucio le imprimió su tono al órgano de publicidad de la calle Moneda. Venía de Valparaíso, donde pulverizó con sus ataques a uno de los regímenes municipales más corrompidos del gran puerto. Su corazón era tierno y ocultaba una gran bondad de alma en su estructura física frágil y en su temperamento sentimental.

Don Alejandro Silva de la Fuente, ilustre miembro de

la Academia Chilena, era la antítesis de Gumucio. Nunca discutía con pasión y examinaba los argumentos de sus adversarios con una frialdad y un método británicos. La cortesía empapaba sus maneras y una gran filosofía de la vida saturaba sus costumbres. Daba consejos pulcros, redactaba sus artículos a mano, encerrado en un gran escritorio, y desde ahí, con invisibles resortes, imponía un orden austero y un método de trabajo muy bien calculado. Entre los periodistas que he conocido quedará siempre, como un modelo de versación y de honestidad, como un símbolo de sinceridad y desinterés. En el fondo de su estilo siempre he descubierto una chispa de humor y algo de refinada dialéctica, que venía a sus contradictores. Jenaro Prieto era el *enfant terrible* del equipo ideológico del diario de la calle Moneda. Aparecía como una paradoja viviente. Empezó su vida como corredor de comercio y dedicándose a la pintura. No he conocido otro individuo que tuviera más dificultad para redactar, y se demoraba tardes enteras en preparar uno de sus regocijados comentarios a la actualidad o una de sus crónicas dedicadas a ridiculizar a los tontilandeses. Asistía, a veces, a las tertulias literarias de doña Martina Barros de Orrego y de Sara Hübner. Los que no sabían vislumbrar su carácter lo encontraban desabrido o escéptico. Permanecía largos ratos silencioso, mientras fumaba su pipa y perdía la mirada en el vacío. De pronto soltaba el hilo retozón de su ingenio, de su causticidad, de su crueldad, de su sentido del ridículo, que también aplicaba a su propia obra. Nunca se interesó a fondo por el arte nuevo, fuera éste plástico o literario. Por eso escribió páginas inauditas de incompreensión y de sarcasmo en sus *pastiches* de Gabriela Mistral o de Pablo Neruda, lo mismo que al referirse a Marcel Proust. Cuando se le interrogaba sobre sus creencias religiosas, contestaba que tenía la fe del carbonero, sin preocuparse en lo más mínimo por los problemas del espíritu. Al final de sus días, se acendró en él una nota mística que no surge nunca en sus artículos y novelas. Esto lo he sabido por mis amigos comunes, pues nos separó una diferencia política y nunca más nos hablamos

después de 1932. Jenaro Prieto era muy expansivo en la intimidad, le gustaba la vida en todas sus formas, hasta parecer pagano en su medio; tenía desapego al dinero y sabía desprenderse de él con munificencia.

En *El Diario Ilustrado* se entabló mi conocimiento con Manuel Vega. Entonces trasnochaba casi tanto como otros redactores y contertulios que comentaban en sus oficinas las novedades políticas y sociales. En la actualidad son menos los que siguen esos hábitos de nocturnidad, que imperaban en las viejas costumbres de la prensa. Vega mantiene un hábito de pulcritud muy raro: revisa sus artículos y los ajenos, los corrige y pule con cuidado. Se puede confiar en su constancia y tenacidad para que los originales sean respetados y las pruebas sean enmendadas a entera satisfacción de quien se las entrega. Aparecía a horas inusitadas en los talleres y los abandonaba, en ocasiones, al amanecer, después de entregarse por entero a sus pesados trabajos. Con Manuel Vega he tenido diversas polémicas, sin perder la amistad que nos unía por más de treinta años. Cultiva la buena memoria, conoce a fondo la literatura francesa y bastante la chilena. En los últimos años ha expresado curiosidad por lo hispánico, suscitando comentarios irónicos de quienes no conciben a este escritor en otro mundo mental que el de sus maestros Charles Maurras y León Daudet, humanistas y animadores de la Acción Francesa en sus luchas contra la democracia y el izquierdismo.

Casi no existe hombre de letras en Chile que no esté asociado al periodismo, desde nuestros destacados colegas Joaquín Edwards Bello, Emilio Rodríguez Mendoza, Raúl Silva Castro, Manuel Vega, Alejandro Silva de la Fuente, Rafael Maluenda y Hernán Díaz Arrieta (Alone), hasta mi antecesor en esta institución, que fue redactor en diversos diarios de la capital.

Por mi parte sé decir que crecí con el olor de la tinta de imprenta pegado al olfato. Siempre recibía una entrañable emoción, cuando era niño, al espiar a mi padre en su escritorio, mientras revisaba los gruesos rollos que arribaban de

la Imprenta Universitaria con las pruebas de sus libros de etnología. Después tenía que aguardar con gran inquietud las de mis artículos, en *El Chileno*, de La Serena, en *La Revista Católica* y en *El Diario Ilustrado*, más tarde. Cuando permanecí en *La Nación* pude encarar más a fondo todos los detalles que anteceden a la salida de una crónica, de un ensayo o de un trabajo más volandero.

El diarismo imprime carácter, como el sacerdocio, y acompaña hasta la muerte al que ha participado alguna vez en sus menesteres. Siempre emana algo de virginidad yacente y de espera en la existencia de un periodista de vocación. Es un enamoramiento eterno con la inestable obra del momento, una especie de embeleso permanente y una identificación sensible con lo que pasa y muere en seguida. Yo he tributado muchas de mis mejores horas a diversos diarios de distintos países, colaborando afuera de Chile en *El Día Gráfico* y *La Noche*, de Barcelona, y el *Papel Literario* de *El Nacional*, de Caracas, que dirige el insigne escritor Mariano Picón Salas.

Quizá si para hablar con verdad he resultado, como entre tantas otras cosas, un francotirador del periodismo, pero a él le debo alguna noción de la medida, cierto cálculo del espacio, compatible con el interés o la síntesis. Es una buena escuela de contención, en una época en que el tiempo no sobra y todo se reduce por el imperativo económico que esgrimen las empresas y los gerentes, verdaderos dictadores del diarismo actual.

Cuando me estrenaba en semejantes menesteres, allá por 1923, existían otras costumbres y se disponía de más ocio para divagar y soñar.

Entre los infortunios impuestos por nuestra época explosiva habría que considerar como el peor su incapacidad para el diálogo. Es una consecuencia de los totalitarismos contemporáneos, del abandono del pensamiento puro por el pensamiento dirigido, de la pedantería política y social, del filisteísmo colectivo y del materialismo disfrazado de turbulenta demagogia.

En los días que evoco abundaban las tertulias literarias. Todo el que se iniciaba en las actividades intelectuales, cuando alcanzaba a empinarse sobre el medio, solía ser acogido en esos recintos de conversación que en la clase alta resultaban remedos de los salones parisenses. Apuntaban su encanto antañón, servían para conocer gente o aclimatarse en hábitos sociales más refinados. Es posible que esa etapa del acaecer nacional contuviera algo de veneciano, por tejerse su discurrir entre pasillos y recintos clausurados a la curiosidad pública. En el trasfondo colectivo se estaba incubando el resentimiento posterior, ya evidenciado en 1920 con Alessandri y su revolución pacífica, pero que explotó mucho más tarde, a partir de 1931.

El primer salón literario que descubrí estaba en la casa de Marta Walker Linares, hija del tribuno conservador Carlos Walker Martínez. Era un remanso discreto, apacible y benéfico, en que se anidaban la comprensión y la concordia. La hospitalaria y cultivada dama que acogía a muchos escritores, artistas y gentes de mundo, era morena, distinguida, algo entrada en años con relación a los de sus visitantes más nuevos. Poseía un gran apasionamiento por las letras y el arte, frecuentaba a literatos reputados por su saber y cultura, y se rodeaba también de mujeres que empezaban a desprenderse del amodorramiento colonial, imperante hasta entonces.

Marta Walker, que residía en una casona de la calle Teatinos, no conocía el rencor ni la envidia. Tampoco escondía pretensiones de figuración externa y distribuía sus actividades personales entre el estudio y las obras de caridad. En su casa hallé por primera vez a Iris, o sea, doña Inés Echeverría de Larraín, señora muy discutida entonces y especie de chivo emisario de las gentes timoratas y excesivamente tradicionalistas. También asistían a sus veladas personas que habían conquistado un renombre en el reducido mundo literario de ese período: Hernán Díaz Arrieta (Alone), Eugenio Labarca, Ginés de Alcántara, Eugenio Orrego Vicuña y la citada Iris.

Poseo algunas cartas de Marta Walker y todas revelan elevadísimas condiciones de tipo moral y una sensibilidad refinada. En su salón, la única nota estridente la ponía Eugenio Labarca, amigo de lanzar frases venenosas, denunciadoras de un ingenio indiscutible, pero que a mí me parecía artificioso.

Mi amistad con Iris nació en ese tiempo y se mantuvo inalterable hasta su muerte. Su personalidad cautivaba a muchas gentes e indignaba a otras. Ella tenía un picante sabor prohibido, con algo distinto y distante del burguesismo cotidiano. Hubo pronto, alrededor de 1924, un nuevo lazo que me unió a la cronista de *La hora de queda*; sus relaciones afectuosas con Fernando Santiván, incomparable camarada de muchas empresas comunes. Santiván se suavizaba hasta extremos increíbles al lado de su amiga y perdía ese tono agresivo que lo impuso tanto por su talento como por la fuerza hercúlea de sus puños.

Doña Inés era muy superior en la conversación que como mujer de letras. Su acción principal la derramó en el periodismo y contribuyó a expresar, entre nosotros, la posibilidad de que el feminismo no quedara en un simple tópico. Escandalizaba pródigamente con sus disparos retóricos y sus juegos de palabra. A una dama de su familia que contempló en su lecho de muerte le lanzó la siguiente frase:

—¡Pava hasta morirse!

Menudeaba conceptos oportunos y cáusticos, pinchaba a los figurones de turno y comprendió el sentido renovador y demagógico de Alessandri, en una etapa dudosa para su éxito en la política nacional. Iris padecía la manía epistolar, y el día en que se recopilen sus innumerables misivas se descubrirá un insustituible documento de época, que alumbrará la *petite histoire* de un instante en que hacía crisis un lapso entero de la existencia nacional.

A la escritora, como a André Gide, la tocaban los extremos, y era una curiosa insaciable que seguía principalmente los rumbos literarios de Francia. Antes que a nadie le oí hablar de Guido da Verona, un novelista italiano hoy olvidado. Me lo recomendó enfáticamente y no tuve más reme-

dio que leerlo. Debo confesar que me agradó poco; me pareció un D'Annunzio al uno por mil, cursilón, de un mal gusto meridional y recargado. Después se entusiasmó con Marcel Proust, que estuvo de moda entre las mujeres cultas de Chile, reemplazando en sus predilecciones a Emerson y Bergson, muy discutidos entonces en las veladas algo convencionales del Club de Señoras.

Creo que tengo una carta muy valiosa, entre las muchas que poseo de Iris, donde hace atinadas y juiciosas observaciones sobre el analista de Guermantes. Parece que cautivó a su temperamento apasionado, pero que solía revelar súbitos fulgores de diamantina frialdad. Se operaba entonces una caudalosa transformación en la sensibilidad, y los escritores saltaban bruscamente de un mundo algo estático al ambiente convulso surgido de la primera post guerra mundial. Corrientes diversas y revolucionarias agitaban al arte y sus impactos operaban en las costumbres y los hábitos sedentarios de los chilenos.

Picasso y el cubismo, Cocteau y Proust, Gide y Valéry, Tristán Tzara y el dadaísmo, Huidobro y su creacionismo, Neruda y sus primeros poemas, la escultura y pintura de vanguardia, junto con las tremendas explosiones del jazz y de la música sincopada, estremecían todos los cimientos tradicionales en que descansaba nuestra educación estética.

Los salones a que aludí también participaron, pero en un tono más recatado, en los ardientes debates que provocaban tantas novedades.

Alrededor de 1924, en unión de Manuel Vega, que era mi compañero en *El Diario Ilustrado*, empecé a frecuentar la ya histórica tertulia de doña Martina Barros de Orrego. Dominaba como una gran dama de viejo cuño, de rara moderación en su lenguaje, de fino señorío en las maneras. Tenía el don natural de templar a los atrevidos de lengua, a los impacientes y a los desmesurados. Pero como un extraordinario contraste buscaba a muchas gentes jóvenes o que empezaban su aprendizaje intelectual. Doña Martina atendía a sus visitas en su enorme casa de la calle Catedral, que en el siglo anterior visitaron hombres de la talla de Sarmiento,

Lastarria, Balmaceda y Guillermo Blest Gana. Este último decía al despedirse, pensando que ya era tarde:

—Sus contertulios llegarán al otro día...

Tal peculiaridad se mantuvo hasta poco antes de la muerte de la simpática dama, que alcanzó a la edad de noventa y cuatro años.

Doña Martina cultivaba también, aparte de su hospitalidad agradable y acogedora, la virtud de la tolerancia, en contraste con la agresividad externa y lo tronitonnante del lenguaje de su pintoresco y simpático hermano, el doctor don Víctor Barros Borgoño, que reeditó la tertulia de la calle Catedral en otra, de tipo más casero, en su morada de la calle Rosas.

Don Víctor era un tipo excéntrico, que parecía arrancado de una novela de Dickens. Se irritaba con enorme facilidad y se retiró de las reuniones de su hermana por causas increíbles. Sostenía que allí se defendía a Felipe II y a la Inquisición, que Alvaro Orrego, al explicar la teoría de la relatividad, que nadie entendía entonces, había ofendido la memoria intocable de Newton, y que doña Martina atribuía arbitrariamente la paternidad de las obras de Shakespeare al canciller Bacon. Todo esto enfurecía al corpulento anciano y entonces tronaba contra medio mundo. Su virulencia externa ocultaba una gran bondad y una sabiduría muy vasta. En compañía del presbítero don Juan Salas Errázuriz, emprendió la tarea, desacostumbrada entre nosotros, de redactar un diccionario de raíces griegas. Mientras avanzaba el trabajo, murió su insigne colaborador y nunca fue terminado por don Víctor.

—Lo peor de todo —decía— es que nos detuvimos en la palabra cornudo...

El ruidoso galeno salía por las tardes a visitar librerías y también era aficionado a la ópera, a las operetas y al teatro. Se sabía de memoria óperas enteras y obligaba a sus visitantes de los sábados a entonar arias que iniciaba él mismo y que concluían coreadas por todos los huéspedes. Lautaro García ha revelado en una crónica digna de las antologías

todos los ritos de iniciación y las particularidades que regían en sus tertulias.

La que yo frecuentaba con Manuel Vega, don Juan Agustín Barriga, Isaac Echegaray, Jenaro Prieto y otros amigos, era nocturna. Cada visitante daba un determinado número de golpes, y el dueño de casa se asomaba por una mirilla que existía en el portón de su residencia, a comprobar si el que llegaba correspondía perfectamente a la persona esperada. Las cóleras de don Víctor eran oceánicas, pero apenas disimulaban su corazón de paloma. Todo en él era llamativo y barroco, sus tenidas que le daban la apariencia de un profesor alemán, con un sombrero exornado por una plumita verde, su capa española con esclavina clásica, sus bastones en series que tenían mangos de marfil con pequeñas esculturas de escritores y artistas. Así decía pomposamente:

—Hoy voy a salir con Shakespeare, mañana con Goethe y el domingo con Ibsen.

Gastó enormes sumas de dinero en coleccionar estatuas, relojes, cuadros, reproducciones monstruosas o perfectas de grandes maestros, flores artificiales construidas con cera y que tenían sus correspondientes perfumes, preparados en potecillos que administraba a sus agostados ramilletes. No he conocido nunca, a pesar de haber frecuentado personajes barojianos, nada comparable al carácter de don Víctor, héroe de una novela por escribirse, anacronismo viviente y persona noble, amistosa e ingenua. Dominaba varios idiomas y hasta rezongaba en ellos cuando se encolerizaba, lo que sucedía a menudo, mientras se le contradecía por don Juan Agustín Barriga u otro visitante. No obstante, sabía escuchar también, se interesaba por los problemas literarios y conocía las literaturas griega, latina, francesa, inglesa, alemana y española en sus propios originales. El humanismo de don Víctor se enterró con su muerte y apenas se vertió oralmente en disputas eruditas y conversaciones pintorescas.

Aquí debo hacer revivir, con afecto ajeno a todo partidismo, la figura de un artista que tuvo decisiva influencia en mi juventud, reemplazando a varios maestros: don Juan

Agustín Barriga, prestante orador y varón de espaciosa cultura clásica y moderna. Existe un Juan Agustín Barriga de carne y hueso, que es el que yo quise, y otro que ha entrado en el mito y en el santoral. Tuve primero un contacto fugaz y respetuoso con este escritor de abolengo, a través de mi padre y por causas nada literarias, más bien crematísticas. Se trataba esa vez de una prolija negociación en que actuaron dos personas ilusas en materias económicas: mi padre, que redactó un informe, en su calidad de ingeniero de minas, y don Juan Agustín, que vivía esperanzado siempre de alcanzar súbita fortuna. Entonces me aproximé, como dije, al que más tarde sería un maravilloso compañero en profusas trasnochadas y andanzas callejeras.

Barriga era el caballero de la noche. Su inteligencia sutil y analítica, que sabía examinar el lado interno de las cosas arduas y de los problemas políticos e intelectuales, se animaba de un modo indefinible al comenzar la oscuridad. Su temperamento nervioso, exteriorizado en tics y parpadeos, lo hacía agitarse y moverse de un sitio a otro, recorriendo con pasos menudos el extenso recinto de la calle Catedral, donde imperaba doña Martina Barros. Fue su más inagotable contertulio durante decenios, hasta poco antes de su muerte.

Siempre llevaba en los bolsillos alguna revista francesa y hojeaba en las librerías, con pulso vacilante, las postreras novedades que fluían de París o de Madrid. Su hispanismo brotaba de cepa genuina, no siendo de esos pegadizos o destinados a henchir las rutinarias metáforas de la Fiesta de la Raza o del floralismo finisecular.

Administraba una memoria copiosa, bien abastecida por el estudio y fortalecida con la meditación. No perdía detalle de las nuevas corrientes del pensamiento político, social y, sobre todo, religioso. Las malas lenguas de su época susurraban que componía muchos sermones y pláticas de encargo a diversos sacerdotes.

Con su gran saber y con métodos muy persuasivos conseguía que sus amigos y camaradas nocturnos, como Jenaro Prieto, Manuel Vega, Lautaro García, Isaac Echegaray, Eu-

genio Orrego Vicuña, yo y otros, nos acostumbráramos a oírlo sin tregua, a acompañarlo y seguirlo en sus fecundos soliloquios, o diálogos, de gran dinamismo espiritual. Barriga, concretándose en él la frase aplicada a un escritor inglés, derramó el genio en su vida y el talento en su obra escasa, pero bien equilibrada, con sustancia auténtica y puntos de vista muy sugestivos, que surgían de su propia Minerva.

Siempre estaba informado y discriminaba con pasión los problemas que, en ese instante, desasosegaban; la poesía pura y los debates promovidos por Henri Brémond o Paul Valéry; las audaces ideas económicas de Georges Valois; la notabilísima disertación del Padre Rousselot, en que desmenuzaba el intelectualismo de Santo Tomás; los ensayos preciosos de Miguel de los Santos Oliver, que divulgó; las arriscadas discusiones que encendían León Daudet y Charles Maurras; el refflorecimiento de la filosofía lulista en España; la vivisección emprendida por Pierre Laserre de la formación de Renan en Saint Sulpice; las nuevas investigaciones sobre Pascal y Port Royal, que entonces aparecían; todos éstos eran temas de su inagotable repertorio de lecturas y divagaciones.

Pero lo que más me cautivó en don Juan Agustín fue su desconocimiento de la envidia, a pesar de los agravios que le infligieron las mismas gentes a las cuales consagró lo más puro de su esclarecido entendimiento. Apenas expresaba un aristocrático desdén a los triunfadores del momento y frente a los oportunistas criollos, que acechaban siempre el turno del poder para medrar.

Una voz nada sospechosa de resentimiento, la de don Pedro N. Cruz, se expresaba así de ciertos ángulos del carácter nacional: "Porque los que aquí alcanzan una posición elevada luego se vuelven importantes y graves, hablan con pausa y largamente sin permitir interrupciones, atienden a la redondez de la frase, presumen de discretos y reprimen, como poco decoroso, cualquier movimiento sencillo y espontáneo".

En Barriga no prevalecía ninguno de estos ángulos negativos de la idiosincrasia dominante en las esferas políticas

de su generación, salvo honrosas excepciones. Prefería el coloquio familiar, el abandono concedido a los amigos y discípulos que empezaban a ambicionar los halagos de una gloria esquiva, pero que a la vez cosecharían idénticos desencantos con el transcurrir de los años. Como nadie, entre nosotros, cultivó el arte de la conversación, inasible y perecedera en la forma, pero que cavó hondura en la conciencia de cuantos lo frecuentaron. Esa su manera de enseñar deleitando, tenía algo de magisterio socrático y consistía en un diálogo apacible que también era un alumbramiento de lenta y doliente gestación en el espíritu que actúa sobre la esperanza de un porvenir más egregio.

Por aquel mismo tiempo tomé contacto con dos personalidades muy diversas, pero unidas por el hilo de disciplinas paralelas: don José Toribio Medina y don Tomás Thayer Ojeda, ambos también miembros de la Academia Chilena.

Medina era un individuo enjuto, de apariencia frágil, pero dueño de una enorme energía, sin segundo por su fecundidad en el panorama intelectual de la patria. Los rasgos psicológicos de su carácter brotaban contradictorios. Solía ser desapacible y rotundo en sus respuestas y parecía entonces alejar a los majaderos y a los importunos que tanto abundan. En la intimidad prefería estimular a las gentes jóvenes, como lo pudieron atestiguar Ernesto de la Cruz, Ricardo Donoso, Guillermo Feliú, Eugenio Pereira Salas y el que habla.

Yo no tenía vocación de historiador, pero me crié entre papeles viejos, archivos, y curioseando por los antiguos cronistas desde que leí, muy a hurtadillas, a Garcilaso el Inca, en la biblioteca de mi padre.

Medina expresaba simpatía a la gente nueva. Sin embargo, tuvo un gran fracaso, que me narró. Mientras desempeñó la cátedra de Historia de América en el Instituto Pedagógico, no descubrió la menor comprensión entre sus alumnos. Lo consideraban demasiado sabio y preferían a maestros de menor categoría, pero sometidos a cartabones rutineros de liceo. No sintió amargura por su frustración de maestro, pero refería el incidente con picarescos condimentos.

El gran sabio me tomó afecto por mi gran curiosidad hacia las cosas que lo afanaban. Por eso me invitó a un reducido banquete realizado en su casa de la calle Doce de Febrero, a raíz de la celebración de sus bodas de oro en las letras. Allí oficiaba, en la tranquilidad de su hogar, como excelente anfitrión que servía exquisitos guisos y vinos muy escogidos a un grupo de amigos, encabezados por su compadre don Domingo Amunátegui Solar y por el crítico y latinista don Emilio Vaisse (Omer Emeth). Debo bastante a esa poderosa comprensión de un hombre encañecido gloriosamente, y que recibió en el crepúsculo de su estupenda vida homenajes sin precedentes en todo el mundo hispánico. Más tarde lo descubrí en Sevilla, mientras preparaba la publicación de su precioso volumen que contiene las cartas de Pedro de Valdivia.

De Medina se hablaba torrencialmente, pero pocos lo leían. Resultaba una especie de émulo del Tostado o de Menéndez y Pelayo, pero sin el rigor crítico del segundo. Era algo seco para escribir, aunque tiene páginas de calidad que merecen revisarse, sobre todo en su *Vida de Ercilla*, libro de primera clase en su género.

Su vitalidad lo hacía caminar todavía con agilidad por la calle de la Sierpe, en Sevilla, a pesar de los años que tenía durante su última estada en España y Europa. Me reconoció en seguida y lo acompañé por unas horas en sus andanzas en la ciudad andaluza. De repente, apuntó a un viejo caserón con su frágil bastoncillo que completaba su enteca figura, y lanzó estas sorprendidas palabras:

—Mira, niño, cuando yo era joven visitaba en ese recinto a unas chicas muy guapas que todavía recuerdo. Los tiempos han cambiado y las mujeres de ahora no tienen el mismo garbo.

Esto no quisiera que sonara a irreverencia, porque Medina ocultaba una veta cálidamente humana en un pueblo aficionado a la gravedad, que reviste a sus grandes hombres con el estuco que los desfigura.

En contraste, don Tomás Thayer Ojeda, que afortunadamente para las letras chilenas todavía se conserva, era de

aspecto más apacible y de índole más suave que Medina, cuando lo visitaba en la Biblioteca Nacional. Me enseñó a descifrar documentos coloniales y a meterme en apolillados expedientes de la Conquista, cuya clave hoy no podría dominar. En su casa almorzaba casi todos los domingos, y en veladas de gran provecho aprendí a entrometerme en los enredos amorosos de Pedro de Valdivia, en las andanzas heterodoxas de Francisco de Aguirre o en los estrepitosos lances que tuvieron por héroe a don García Hurtado de Mendoza. La historia de Chile me entraba más que por los libros, por el aprendizaje oral que brotaba de individuos tan eminentes.

Thayer Ojeda habría sido un modelo de benedictino: erudito, tenaz, modesto, entregado con pasión a sus estudios sin pedir ni ambicionar nada. Como implacable tributo que le cobró la ciencia histórica, perdió al fin su preciosa vista.

La juventud de esta generación —Feliú Cruz, Donoso, Silva Castro, Orrego Vicuña, Alemparte, Eugenio Pereira, y muchos más— debió bastante al sacrificio y al desinterés de tales hombres impares en el campo histórico.

En un plano diverso, pero enlazado por la sangre con doña Martina Barros y por la amistad a don Juan Agustín Barriga, se situaba don Augusto Orrego Luco, reliquia entonces venerable del brillante siglo XIX. Representaba, entre nosotros, el último residuo del romanticismo. Leía con ardor a Voltaire, a Béranger, a Byron y a Goethe, con la misma unción que ponía en el estudio de los métodos científicos de Charcot, al iniciar en Chile el conocimiento de la estadística clínica y otros métodos destinados a renovar la medicina.

Como a varios pichones literatos, a mí me parecía Orrego Luco un ser algo misterioso, excesivamente reservado. Alone lo definió como “un doctor suavísimo que con paso de terciopelo ha caminado por tantos caminos, y en todos —los de la ciencia, el arte o la simple crónica periodística— ha sabido encontrar gotas de miel del Himeto y granos de sal ática”.

Lo llamaban, algo irónicamente, el doctor Dulcamara.

La dulcamara es una planta solanácea, de exterior agradable, de flores en ramillete, de tallos y hojas saporíferas. Siempre se presentaba cuidadosamente vestido y en la penumbra de su viejo escritorio dominaba su elegancia de dandy, su silueta estilizada, con un chaquetón decorado por pieles y polainas claras. Tenía una sensibilidad delicada que contrastaba en un ambiente de políticos extraídos del agro o burgueses enriquecidos por las especulaciones bursátiles.

Le gustaba desconcertar cuando conversaba con los jóvenes. A veces no concluía las frases o le daba un sentido ambiguo a sus sentencias. Hablaba con pausa y dejaba flotando sombras o medias tintas al terminar un período. No era, a pesar de esto, engolado, y daba la sensación de algo distinto a su medio. Le agradaba platicar con la gente moza, y varias veces me recibió en su estudio de la calle Catedral, abarrotado de cuadros, esculturas y libros de toda clase, en cuyas estanterías resaltaban las obras completas de Voltaire. Me refirió una anécdota sabrosa. Una dama, excesivamente beata, se llevó uno de los tomos del execrado polemista, y, aconsejada por su confesor no lo devolvió nunca a don Augusto, dejando así trunca la costosa edición.

El sistema que tenía para abordar a las gentes era tácitamente administrado para desconcertar a los auditores y también lo empleó como recurso parlamentario. Siendo Ministro del Interior, recibió un voto de censura, pero sus adversarios políticos le expresaron antes el respeto que merecía su personalidad. Entonces lanzó estas palabras muy propias de su carácter irónico: "Me habéis dado el veneno, señores, pero me lo habéis proporcionado en copa de oro".

Orrego Luco exhibió un rasgo generacional que lo asemeja a Barriga, Medina, Thayer y otros escritores aquí recordados: el desinterés franciscano que tuvo en sus actuaciones públicas y profesionales. Resulta conmovedor rememorarle en una época en que la medicina se halla burocratizada y no siempre cumple con los ideales de Hipócrates.

Don Augusto y don Juan Agustín Barriga mantenían diferencias políticas y doctrinarias, pero los unía la vocación

humanística y esas afinidades secretas que aproximan a los temperamentos generosos.

Hubo otras tertulias durante esos años: la del historiador don Joaquín Rodríguez Bravo, que se efectuaba los martes en su domicilio de la calle de Huérfanos, con asistencia variada y donde puntualmente iban Eugenio Orrego Vicuña, Guillermo Feliú Cruz, Alberto Cumming y el que habla, entre otros. Feliú Cruz me retó a duelo en una oportunidad, a raíz de un incidente que allí se generó y que tuvo contornos muy entretenidos. Todo, por suerte, concluyó de acuerdo con lo que decía jocosamente Daniel Riquelme:

—En Chile los lances de honor terminan a cazuelazos . . .

Existía otra muy reducida, que se reunía en el hogar de Armando Donoso, situado en la calle A. Bellet, y también la de Sara Hübner, donde asistía con Jenaro Prieto y encontraba casi siempre a María Monvel, Marta Brunet —que se iniciaba con su libro *Montaña Adentro*—, Eliodoro Astorquiza y el poeta modernista boliviano Ricardo Jaimes Freire, que tenía algo rígido y una elegancia afectada, de actor envejecido.

Todas estas reuniones contenían matices; en la de Rodríguez Bravo se hablaba de historia y erudición variada; en la de Donoso, de literatura, lo mismo que en la de Sara Hübner.

Surgía ésta como una mujer de sensibilidad extraordinaria, pero mal administrada. Encantaba y seducía con su rara y exótica belleza, que difundía en su ser una distinción aparte y atraía por su temperamento extraño y desconcertador. Muchos escritores se enamoraban de sus encantos físicos, pero sabía tenerlos a raya con sus felinas coqueterías y evasiones, en un tira y afloja admirable. En el fondo era una persona imaginativa, que cultivaba ese diabolismo excitador y cerebral de las heroínas de Barbey d'Aureville. Satirizaba en artículos traviosos a las señoras santiaguinas, diciendo que no sabían caminar por las aceras, y su feminismo se expresaba en tocados muy llamativos y sensacionales, en defender los derechos de la mujer y en desvelarse por causas absurdas o arriesgadas. Muchas mujeres de Hispanoamérica vivían todavía enclaustradas en los más absurdos prejuicios y con-

venciones, mientras aguardaban un mensaje de liberación que no arribaba.

En las tertulias dominicales de Armando Donoso dominaba su mujer, María Monvel, una de las escasas poetisas auténticas de Chile. Generalmente sus opiniones chocaban con las mías y tenía que suavizarlas su marido. En una oportunidad en que tomábamos el té con Manuel Vega, Donoso y María Monvel, apareció en el recinto, silencioso y cortés, el actual Presidente de la República, General Carlos Ibáñez. Habló con laconismo y se retiró con rapidez en una pausa de la conversación. Frecuentaban a Donoso muchos de sus colegas, y él siempre acogió a todo el mundo con esa llaneza y amabilidad que lo caracterizaban. El crítico y ensayista no era un sujeto rencoroso y se reconcilió conmigo con presteza después de un artículo no muy apacible que le consagré en 1931.

Impulsó con gran sentido del porvenir los estudios de literatura nacional cuando éstos suscitaban todavía el desdén de mucha gente de apariencia culta. Su condición moral era sana y su visión de las cosas henchida de futuro. Se entusiasmaba con toda expresión de talento y animaba a escribir a los principiantes, dándoles consejos acertados y apoyándolos en su columna de *El Mercurio*.

Otro crítico que conocí, en 1923, fue Domingo Melfi Demarco, a quien estuve unido hasta su muerte, en 1946, por lazos de inquebrantable compañerismo. Ocupó diversos cargos desde que pilotó *La Zona Central* en Talca hasta que dirigió la revista *Atenea* y luego *La Nación*, de Santiago. Yo fui crítico y redactor de ese diario entre 1941 y 1952, siendo mi jefe el acreditado ensayista, de visión justa, imparcial y humana frente a los problemas literarios chilenos y americanos. Coincidió nuestro inicial encuentro en Talca con el año en que empecé a frecuentar la familia de la que hoy es mi mujer, Alicia Rivera Reyes, incomparable colaboradora de mis estudios.

En la ciudad del Piduco brillaba un pequeño pero activo foco de cultura, que se concentraba en torno de Domingo Melfi, quien utilizaba entonces el seudónimo de Julián Sorel.

Al lado de él estaban el novelista Francisco Hederra, autor de *El tapete verde*, sátira violenta a los tahures provincianos; Jorge González Bastías, el noble y soñador poeta del Maule y sus tierras pobres; Aníbal Jara, periodista incisivo y gran lector; Jerónimo Lagos Lisboa, el vate simbolista de *Yo iba solo...*, individuo tímido y pulcro que trabajaba en la Compañía Chilena de Fósforos, bajo la férula administrativa de mi suegro, don Luis Rivera Lisboa; el magistrado Enrique Escala, animador de las iniciativas intelectuales, y el bohemio vanguardista Samuel Letelier Maturana, que escandalizó a sus conterráneos con un enrevesado cuadernillo de versos.

Talca perdió su fisonomía inconfundible después del terremoto de 1928, y su grupo literario se dispersó, con excepción de don Francisco Hederra. Paralelamente a estos hechos, que tienen algún significado, porque demuestran la aportación de la provincia a las letras nacionales, existe otro muy decisivo para mi futura carrera literaria: el conocimiento que trabé con el que sería inseparable camarada por un lapso de treinta y tres años: Mariano Latorre Court. A Mariano fui presentado en Santiago, en 1922. Lo admiraba por sus libros *Cuna de Cóndores* y *Zurzulita*. Nunca más nos separaríamos, a pesar de no estar siempre de acuerdo en los problemas que nos preocupaban. El prefería, en sus interpretaciones de la literatura chilena, darle importancia al medio y al paisaje. Yo, en contraste, me interesaba más por revelar los ángulos histórico-culturales de la evolución intelectual del país. Mientras él se detenía a desmenuzar las regiones geográficas y sus peculiaridades, a mí me importaba más el hombre desde el punto de vista social y político. A Latorre no era fácil sorprenderlo desprevenido en asuntos vinculados a su profesión de catedrático universitario y de lector incansable que devoraba millares de volúmenes. Estaba al día en muchas materias, y su intuición prodigiosa lo orientaba por toda clase de temas estéticos.

Cuando discutíamos solía ser arbitrario e imaginativo antes que dialéctico. Pero compensaba todas sus exageraciones y fobias con su enorme simpatía humana y su erudición matizada y creadora. Debo decir que en pocos compañeros

de cualquier generación intelectual conocida hallé idéntico fervor y cariño por su oficio. Era un artista de raza, dotado del sentido del color y del paisaje, pero que concedía menos dimensión a lo psicológico, a pesar de sus aciertos al trazar siluetas de rotos, de huasos, de bandidos y de marinos.

Mariano me impulsó a entrar en el Instituto Pedagógico, por medio de un concurso y luego de haber realizado diversos estudios en Europa, que me sirvieron bastante en esa oportunidad. Me estimuló y me alentó siempre, a pesar de que muchos no me descubrieron ninguna vocación pedagógica. No voy a hablar aquí de mi experiencia en la enseñanza, pero sí puedo añadir que por veinticinco años he demostrado mi amor a esa carrera, en medio de sacrificios, incomprensiones, y disciplinando mi carácter.

Latorre, si vive en otro medio, habría sido mucho mejor comprendido. Afuera del país lo entendieron con más generosidad y lo colocaron entre los escritores más representativos del continente.

Entre los extranjeros que sintieron a Chile como su propia patria, se halla Mariano Picón Salas, camarada de ruta más de treinta años y uno de los valores más sólidos del pensamiento hispanoamericano. Entre nosotros derramó su ingenio, su gracia, su estilo sazonado y perfecto, su compañerismo y su gran cortesía de viejo abolengo andino, ya que nació en Mérida, la ciudad encaramada en la cordillera de Venezuela. A Mariano le debemos, muchos, parte de nuestra vocación americanista, que él apuraba con fino sentido crítico, con mirada certera de vigía y pulso de conductor de ideas. En 1930 inició con Raúl Silva Castro, Domingo Melfi, Eugenio González, Juan Gómez Millas, el que habla y otros, la organización del grupo *Indice*, que desarrolló una actividad ejemplar y significó la mayoría de edad intelectual para varios, junto con el descubrimiento de claros valores como Benjamín Subercaseaux, que llegaba de Europa cargado de esencias renovadoras y explosivos conceptos sobre el sexo y la raza. *Indice* representó dos cosas muy categóricas: una revista moderna y ágil, cargada de las inquietudes más frescas, y un grupo puesto al servicio de la cultura y del

saber, pero con nítido sentido de la responsabilidad política y social que imponía el momento.

Casi todos los componentes del equipo surgido en 1930 llevaron a la vida universitaria un aire saludable, que transmitió a las generaciones de estudiantes el signo de muchas utopías generosas, de muchos sueños y de promisorios desvelos.

A todas las gentes que aquí desfilaron hay que añadir todavía unos escasos nombres para hacer más cabal este recuento. Desde el extranjero arribaron a Chile dos notables literatos que, siendo mayores, ponían una nota atrevida, bizarra o elegante en el medio intelectual. Uno era Augusto d'Halmar, que volvió de Europa en 1934, con su mochila cargada de nostalgia y su corazón abierto al recuerdo y al ensueño. D'Halmar logró destacarse por su prestancia física, por su oratoria fluida, por sus artísticos ademanes, por su voz sonora o grave de actor adiestrado en los escenarios de la vida y siempre dispuesto a representar su papel con talento. Lo quisimos todos desde el primer momento. Su imaginación lo conducía por fantásticos senderos en que la realidad se transformaba o asumía contornos diversos a los verdaderos. Pero eso no importaba porque, en una tierra desprovista de hombres semejantes, su verbo llenaba un vacío y su facundia reemplazaba muchas gravedades risibles. Lo vi un poco antes de que muriera. Ya se presentía en su rostro la gravedad del mal que lo minaba. Estaba leyendo a un autor que fue su predilección juvenil, cuando trazó sus primeros cuentos: Alfonso Daudet. Ese libro quedó abierto en su mesa de trabajo el día en que su pulso dejó de latir.

El segundo escritor que no conocía, y que también llegó del extranjero, fue Miguel Luis Rocuant, que abrió pronto una tertulia en su casa situada frente al Cerro Santa Lucía. En su temperamento existía una gran comprensión y se puso en contacto con todos sus compañeros que no había tratado personalmente. Rocuant conquistó pronto el afecto de cuantos lo conocieron. Sabía conversar e ilustraba con su experiencia y su sólida cultura clásica y moderna. No se interesó por las querellas literarias y conquistó el respeto de los

diversos grupos de autores, a veces distanciados por ridículas diferencias. Conservaba el culto por lo helénico, que reveló en su bello libro *En la barca de Ulises*, escrito en un castellano impecable y lleno de observaciones de genuino artista sobre el mundo griego. Sus relaciones con la Academia de la Lengua demostraron además su pericia en el manejo del idioma español y la firmeza de sus conocimientos gramaticales. Cuando desapareció Rocuant empezó también, como señal premonitoria, a disgregarse todo el núcleo de amigos que lo rodearon.

No he querido, deliberadamente, hablar aquí de lo más cercano, de personas que actúan cerca de mí en el último tiempo, de escritores extranjeros y de viajes. También he dejado en el olvido a muchos nombres que no cabían en una enumeración rápida y tal vez arbitraria.

Antes de terminar debo decir algo de mi distinguido antecesor, don Misael Correa Pastene. No tuve la suerte o el honor de conocerlo. Apenas si lo vi una o dos veces en las redacciones de los diarios. Don Misael Correa tenía múltiples títulos para ocupar un puesto en esta corporación literaria, pero su principal timbre de orgullo, lo que le dio entrada por derecho propio, en esta Academia, fue su íntima vocación de genuino periodista.

La mayoría de sus escritos se encuentran desparramados en diversas publicaciones, como *El Diario Ilustrado*, *La Unión*, *El Chileno* y *Sucesos*. Fernando Santiván lo ha enfocado admirablemente en su libro *Recuerdos Literarios*, dado a luz en 1933. De él son estas frases muy sintéticas:

Don Misael, mediana edad, mediana estatura, hombros anchos. Aunque sus movimientos fuesen pausados, se adivinaba en ellos la fuerza latente del que, en cualquiera oportunidad, podría dar un salto elástico y amenazador. Su cabeza robusta, de cara morena, alargábase en una perilla semejante a la de Pedro de Valdivia. Desde que lo conocí, no pude concebirlo con traje de la época; le puse con la imaginación coraza de acero, y sobre el pecho, una cruz con puntas flordelisadas; en vez de cuello, alta golilla, tiesa de almidón.

Al señor Correa Pastene no le quedó tiempo para escri-

bir obras que resumieran su pensamiento, porque él mismo reconoció la servidumbre inexorable de los menesteres en que transcurrió su vida. Lo absorbió como un torbellino el diarismo, con todas las angustias económicas provocadas por un trabajo mal compensado. Un gran escritor y político de Colombia, Carlos E. Restrepo, decía con mucho gracejo: "Cuando se escribe para comer, ni se escribe ni se come". No es el caso de un hombre que, a pesar de haber producido millares de editoriales, crónicas y críticas, tuvo tiempo todavía para pensar recia y sinceramente.

Distaba mucho su sensibilidad de estar de acuerdo con la mía o con la de la generación a que pertenezco. Por eso resulta complicado medir la verdadera dimensión de su labor crítica, muy ceñida, a veces, a los cánones de un purismo que no comparto. Lo que más me ha interesado es una serie de artículos, algunos verdaderos ensayos, que divulgó en la desaparecida revista *Sucesos*, dirigida por Atilano Sotomayor. Entre 1922 y 1923 salieron excelentes estudios sobre Víctor Domingo Silva, Carlos Mondaca, Sady Zañartu, el poeta religioso Luis Felipe Contardo y el gran lírico modernista colombiano Guillermo Valencia, que nos visitó durante la Conferencia Panamericana celebrada en Santiago.

Ese conjunto de trabajos dados a conocer en *Sucesos* llevó el título genérico de *Paliques y Entorches*, muy representativo de su casticismo españolista. A veces, tenía intuiciones, y en ese período dispuso de más tranquilidad al parecer, pues compuso muchas atildadas y meditadas páginas.

He escogido unos breves conceptos vertidos sobre la poesía de Luis Felipe Contardo, que dan una idea del mejor estilo del señor Correa Pastene:

En el señor Contardo —decía— se unen las corrientes poéticas en su forma de expresión, la antigua clásica y la moderna impresionista. Si la urdimbre es clásica, el espíritu es impresionista. No se asemeja, a pesar del parecido de los sentimientos religiosos, a Gabriel y Galán, sino a los poetas colombianos José Asunción Silva y Guillermo Valencia. La sensación del paisaje, la interna melancolía, lo pareo con Valencia, si bien no tiene aquella honda penetración del color del gran poeta colombiano. En el paisaje de Valencia do-

mina la nota blanca, y en la artística combinación de sonidos de su verbo, las aces dan la sensación, aunque el poeta no lo exprese. En Contardo es la luz que dora o blanquea la que surge detrás de sus cuadros. Y es que su alma religiosa canta la bendición de la luz que Dios esparce sobre el mundo.

Parece que el señor Correa Pastene cosechó ingratitudes y padeció apuros económicos en su profesión, que entonces no era muy bien remunerada. Dejó unas páginas muy sentidas en el elogio de su colega don Pedro Belisario Gálvez, en que vibra algo del desconsuelo provocado por la incompreensión. Allí expresa lo siguiente:

Nuestras empresas periodísticas hasta hace poco nacieron al calor de entusiasmos políticos o religiosos y fueron concebidas como sacrificios y servicios necesarios a la defensa de principios sociales. Hablo en general. Pocas han sabido aunar los elementos que parecen contradictorios y no lo son en esencia: la organización comercial y la propaganda idealista. Yo diría una verdad de Pero Grullo, desconocida en el hecho, y es que la propaganda va mejor en una empresa próspera, en un periódico que circula. Los diarios católicos han adolecido de esta falta de criterio, y como exigen sacrificios pecuniarios a los adeptos, también los exigen a sus servidores.

En la etapa final de su dilatada existencia el señor Correa Pastene publicó dos libros, los únicos que salieron de sus manos: *Carne y espíritu* (novelas breves), en 1939, y *Los caminos de Roma*, en 1944. Son páginas volanderas y destinadas a un público poco exigente. En el primero traza unas cuantas narraciones de modesto relieve, escritas en buen castellano, pero sin la penetración de un auténtico novelista. Los personajes se mueven artificialmente o no caminan, dando la sensación de ser unos títeres movidos con hilos bien visibles. En *Los caminos de Roma*, el laborioso cronista estudia a tres figuras de convertidos: Paul Bourget, Ferdinand Brunetière y François Copéc. Traza una reseña de hechos muy conocidos y en honor de su sinceridad hay que añadir que sus ensayos están consagrados a divulgar materias que han sido dilucidadas antes por especialistas de categoría.

Mi simpático antecesor tuvo un concepto neto de sus

posibilidades y no se salió del plano en que situó sus creaciones. Sirvió con pasión y rigor a sus ideas políticas y religiosas, escribió con soltura y, a veces, con elegancia, pero no evolucionó desde el punto de vista de la comprensión crítica. Esto se echa de ver en la última serie de artículos que publicó en *El Diario Ilustrado*. Ya no tenía la lozanía de los *Paliques* y *Entorches*. Revelaba cansancio y también desasimiento de la actualidad literaria.

Con su alejamiento material, producido después de una laboriosa y honorable vida, se apagó uno de los más nobles caracteres que ilustraron las columnas de la prensa chilena con su selecto entendimiento. Pertenecía el señor Correa Pastene a esa guardia del diarismo que muere con las botas puestas. Así partió un día, cargado de años y merecimientos.

He dicho de él las palabras justas en un elogio de esta naturaleza. Su amor a la verdad habría agradecido las luces y sombras que ofrece tan imperfecta semblanza.

He dicho.